

DEJADO POR UN FILOSOFO

(A la posteridad)

Siempre he creído que la misión de la ciencia es *irse formando*. Tal vez parezca oscura esta frase; pero no encuentro otra que resuma mejor una idea que los hombres tardarán mucho en comprender y que tanto ha influido en el destino de mi vida. Es a causa de ella que muero hoy desconocido, sin nombre, sin gloria y sin admiradores, pues ni aun estoy seguro de la suerte que cabrá a estas líneas postreras. Trataré sin embargo de explicar en qué sentido entendí siempre, por mi desgracia, las palabras progreso, adelanto, desarrollo, que vienen siendo, desde muchos siglos acá, tema obligado de tantos discursos y declamaciones.

Por la acción de un impulso primitivo, los conocimientos humanos se han organizado, al principio, en cierto sentido, y su evolución ha tomado cierto camino. Una vez fijado este camino, la ciencia ha seguido siempre por él, y su trabajo se ha reducido, simplemente, no a comparar con los objetos las diversas interpretaciones que se han propuesto (puesto que los objetos son susceptibles

de ser interpretados de una cantidad infinita de maneras) sino a comparar esas nuevas interpretaciones con las que han determinado ya la marcha general de la ciencia, y a efectuar así una especie de selección, incorporando a ella las que estén de acuerdo con el sentido de su desarrollo y eliminando las que se aparten de él. Si la ciencia hubiera tomado desde el principio otro rumbo, de otra manera muy distinta se hubiera verificado esta selección y muy distintos hubieran sido también sus resultados. Pues bien: de esto, que se asemeja a un idealismo o a un desvarío, tengo yo en mí mismo, la prueba más acabada, y es esta prueba la que voy a someter a la consideración de los hombres, al legarles, como única obra, la historia de mi vida.

*

* *

Creo haber poseído el genio absoluto.

Desde mis primeros años, mi precocidad, verdaderamente extraordinaria, admiró y hasta alarmó a mi familia, y me colocó en ella en una situación especial, completamente anómala: mi inteligencia fue hasta tal punto reconocida, que mis opiniones eran recibidas con respeto, como las de un hombre, a pesar de que, para otras cosas, se me trataba en absoluto como un niño. No quiere decir esto que esas opiniones fueran muy decisivas y muy resueltas, ni que yo hubiera producido en esa edad algo notable; siempre experimenté, al contrario, irresoluciones que me impedían manifestar con valor y franqueza mi pensamiento, y, en cuanto a producir, no fui ni siquiera capaz de escribir una sola de esas composiciones con que los niños

de colegio se conquistan la admiración de sus maestros y sus padres. Mi inteligencia se había impuesto por pequeñas manifestaciones, y hubiera sido imposible a cualquiera de los que creían en ella explicar claramente los motivos de su opinión. Debo confesar, sin embargo, que esta admiración no duró mucho: a los diez años yo era ya, como lo fui siempre más adelante, silencioso e inactivo, sin que ninguna manifestación externa revelara lo que pasaba en mí. Empecé desde entonces a ser considerado como un extraño caso de precocidad abortada, y la misma impresión hice a mis condiscípulos de la Universidad, dos años después, cuando mi edad me permitió entrar a cursar los estudios preparatorios del derecho.

Sin embargo, yo los sentía a todos ellos muy por debajo de mí, cuando, en las discusiones de las clases, necesitaban mucho tiempo y muchas explicaciones para darse cuenta de cosas que yo había comprendido en el primer segundo. Los veía torpes, estúpidos, enredándose en los razonamientos más sencillos y claros. Pero, a pesar de esto, no hablé nunca en las clases. Es cierto que yo tenía la conciencia segura de mi superioridad, y que, en la discusión de cada argumento yo me encontraba siempre mucho más arriba, discutiendo mentalmente una docena de ellos; pero nunca pude resolverme a hablar, porque me era imposible decidirme con certeza y fijar mi opinión de una manera definitiva; siempre otros nuevos argumentos venían a destruir o a hacer vacilar el criterio ya formado.

Por último, cansado de todo esto, decidí probar a mis amigos mi inteligencia y satisfacer mi vanidad extrema, escribiendo artículos, con tiempo y reflexión. Recuer-

do todavía el tema del primero: se trataba de probar una teoría sobre los rumbos futuros del arte, aplicando a este estudio gran cantidad de ideas propias y originales. Tracé el plan del artículo proyectado, y con el mayor entusiasmo me puse a la obra.

*

* *

Tenía ya escritas varias páginas, en las que, con gran satisfacción, había conseguido sentar las bases de mi teoría, cuando, para dar a ésta fuerza y solidez, decidí interrumpir mi demostración y discutir, allí mismo, ciertos argumentos, que acababan de ocurrírseme mientras escribía, y que me parecía necesario prever y rebatir. Expose estos argumentos, advirtiendo que lo hacía para prevenirlos en el ánimo del lector, y los desarrollé, combatiendo con ellos, de una manera casi inconsciente, los míos anteriores. A medida que lo hacía, mi pensamiento iba abarcándolos con claridad mayor; los apliqué a todos los puntos de la teoría primera; dejé correr el pensamiento y la pluma, y, cuando terminé, me encontré conque, en lugar de haber hecho a mi teoría simples objeciones, la había combatido en todos sus puntos, derrumbando todos sus fundamentos, y demostrando, con argumentos poderosísimos, su completa y evidente falsedad.

Este resultado absolutamente inesperado, me desconcertó un momento; pero mentiría si dijera que mi desconcierto duró mucho. Confieso que, al pensar en mi teoría, no había tenido muy en cuenta sus resultados, ni su influencia sobre el bien de la humanidad, y sí, sólo, los elo-

gios que podría reportarme; así pues, había un medio muy sencillo de salir de la dificultad: defender la segunda opinión, la de la objeción, y atacar, con ella, la primera. La cosa era fácil: hasta podía verme de los párrafos ya escritos con solo introducir en ellas ligeras modificaciones de detalle.

Rehice, pues, el principio de mi artículo, sosteniendo mis nuevas ideas, y atribuyendo al lector, para combatirlas, las primeras. Pero, al exponer éstas, con gran sorpresa mía, se repitió lo mismo. Nuevo ensanchamiento del pensamiento, nueva argumentación más poderosa y convincente todavía. El resultado fue que, sin buscarlo, conseguí otra vez, en un momento, rebatir por completo las ideas que estaba defendiendo, y hasta triunfar de ellas las primeras, por medio de una nueva argumentación que me pareció, como la otra, inquebrantable y decisiva.

Temería parecer ridículo, si todo esto no condujera a tan serias reflexiones. Otra vez modifiqué el artículo, de acuerdo con su nuevo objeto, y otra vez logré, con poco esfuerzo, encontrar otros argumentos, nuevos también y completamente inesperados, para rebatir los que yo había considerado incontestables.

Fue entonces que yo empecé a sentir, ante aquello, una especie de vago espanto, y, entreviendo, como causa de él, algo muy grave e importante, me tomé en serio por primera vez. Guardé las carillas; cerré lenta y cuidadosamente las puertas de la habitación en que escribía, y, recostado a la mesa, con la cabeza entre las manos, concentré sobre aquella teoría mi cerebro entero, y me puse a pensar.

Y una vez que pude, absorbido por completo mi idea y sin que me embarazara el acto material de escribir, emplear, en mi discusión interior, toda mi fuerza mental, sin repetirse lo mismo, dos, tres, veinte veces más, sin que ninguna dificultad ni ningún obstáculo detuviera mi razonamiento. El objeto de prueba no era más que uno, mi teoría sobre el arte, que resultaba alternativamente falsa y cierta; pero las pruebas eran siempre nuevas, y venían a aceptar la afirmativa o la negativa en un círculo superior al de las anteriores, y, si hubiera llegado a escribirlas, hubiera admirado a todos los lógicos con una potencia y una seguridad de razonamiento que les hubiera parecido sobrenatural. Por fin, cuando me arranqué a mi meditación, tratando de detenerme en los últimos argumentos, vi esfumarse los dos o tres que venían, y que hubiera aclarado un poco de atención. A haber continuado un poco, esos argumentos hubieran venido a rebatir los anteriores, y después de esos otros... Y así hubiera seguido, hasta el infinito, sin parar nunca, nunca, porque tenía el genio absoluto.

*

* *

Y es esto lo que me ha sucedido, desde entonces, con todo lo que he proyectado: He concebido, después, miles de teorías; he meditado obras; pero siempre mi inteligencia sin límites me permitió refutar mis propias ideas, y nada publiqué.

Si, después de penetrar unos cuantos círculos, me hubiera detenido en el pro o en el contra de una cuestión cualquiera, hubiera tenido bastante con eso para asom-

brar a la humanidad; pero me era completamente imposible publicar y firmar opiniones cuya falsedad estaba en mi mano demostrar. Además de esto último, el hacerlo me hubiera hecho sufrir, porque me había acostumbrado a imaginarme, cuando pensaba, a dos personas que discutían, sosteniendo, alternativamente, las dos opiniones; y cortar esta discusión, suprimiendo la respuesta de una de ellas, me causaba, debido a mi imaginación poderosa, verdadero dolor.

Pensé una vez, para evitar todo esto, publicar, sobre cada asunto, dos obras simultáneas, sosteniendo una opinión en cada una de ellas. Al refutar las opiniones de la otra, emplearía frases como ésta: "He dicho yo, en la otra obra que con este mismo título he publicado..." y, en seguida: "Como creo estas afirmaciones radicalmente erróneas, voy a entrar a su refutación, etc., etc.". Confieso que, con tal de haber hecho conocer así mi inteligencia, no me hubieran preocupado mucho los comentarios. Pero la dificultad era la misma. ¿Dónde detenerme? ¿Cómo dejar en pie los últimos argumentos, cuando estaba en mi mano probar su falsedad?

Así es que no he escrito nada. Anciano ya, y al borde de la tumba, me encuentro al fin de mi carrera desconocido y sin nombre, y, sin embargo, si hubiera limitado mi inteligencia, hubiera sido un genio poderoso. Pero no quiero que algo tan extraordinario quede desconocido de los hombres, y me he decidido a contarlo en estas líneas. Tal vez ellas consigan inmortalizarme.

Docteur Pascal. - 1894.